

Presentación

José Javier Díaz Freire

Universidad del País Vasco UPV/EHU

La historia contemporánea de las emociones promete ofrecer un mejor conocimiento del significado que los seres humanos han dado al mundo social, porque las emociones son, como decía Gordon Bower¹, una manera de dar significado a la vida. La historia de las emociones se ubica así dentro de un movimiento hacia el significado que caracteriza a la historiografía en la condición posmoderna, pero responde también a otro rasgo de la posmodernidad: la valorización del cuerpo como forma de acceso al mundo, como dador de ese significado. Así, la historia de las emociones respondería a la insistencia posmoderna en la importancia de la significación encarnada del mundo para construir la experiencia de los seres humanos. De resultas de todo ello, un buen número de autores y autoras se preguntan si se está produciendo un «giro emocional» en la historia. Aunque debatible, probablemente la respuesta pueda ser afirmativa, y más si lo enmarcamos en un más amplio giro corporal. Pero si se está produciendo ese giro en las ciencias sociales, las humanidades y en las ciencias de la vida, la contribución de la

¹ Gordon H. BOWER: «How Emotions Might Affect Learning», en Sven-Ake CHRISTIANSON (ed.): *The Handbook of Emotion and Memory: Research and Theory*, Hillsdale, LEA, 1992, p. 4. La importancia de las emociones para dar significado, entre otros lugares, en Darrin M. McMAHON: «Finding Joy in the History of Emotions», en Susan J. MATT y Peter N. STEARNS (eds.): *Doing Emotions History*, Urbana, University of Illinois Press, 2014, p. 116.

historia al mismo no deja de ser modesta. Gouk y Hills, las editoras de *Representing Emotions*, plantean que, comparada con otras disciplinas, la aportación de la historia al estudio de las emociones es prácticamente invisible².

La historia de las emociones responde, pues, a una característica general de la cultura posmoderna actual, pero se puede pormenorizar ese análisis y vincularlo a la propia evolución de la historiografía contemporánea, lo que permitirá, además de situar la historia de las emociones en el seno de la historiografía, exponer de pasada algunos de sus rasgos más importantes. Algunos de los autores más citados en el campo de la historia de las emociones vinculan su eclosión con la Historia Cultural y la Historia de Género. Otros, como Pampller y Jensen, con un «momento emocional» particular como fue el 11S (el 11 de septiembre de 2001). Pero la inmensa mayoría de ellos la relacionan con una cierta insatisfacción provocada por la influencia del posestructuralismo en la historia, con la incidencia del denominado giro lingüístico³. Esto no obsta para que se pueda trazar una genealogía de la historia de las emociones que se remonte a Huizinga y Norbet Elias, siga con Febvre y la escuela de los Annales, y llegue hasta la obra de los Sterns, Rosenwein y Reddy. Pero si de lo que se trata es de entender su eclosión, la referencia a una crítica del giro es inevitable y alcanza además a otras disciplinas. En su artículo de 1986 sobre la antropología de la emoción, Lutz y White ya señalaban que el nuevo interés por las emociones radicaba en que podía reanimar la imagen robótica de los seres humanos que proporcionaban las ciencias so-

² Penelope GOUK y Helen HILLS: *Representing Emotions. New Connections in the Histories of Art, Music, and Medicine*, Aldershot, Ashgate Publishing, 2005, p. 16. Sobre la posibilidad de que se esté produciendo un «giro emocional», Reddy dice que «quizás no es todavía un giro, pero sí es ciertamente una tendencia». Rosenwein es más favorable a esta idea: «Puede muy bien ser un giro. Eso espero». Ambos en Jan PLAMPER: «The History of Emotions: An Interview with William Reddy, Barbara Rosenwein, and Peter Stearns», *History and Theory*, 49 (2010), pp. 248 y 259. Todas las traducciones del inglés son propias.

³ La vinculación de las emociones con el 11S y su carácter de respuesta a las limitaciones del giro lingüístico están presentes en dos diálogos entre historiadores de las emociones que aparecen en «History of Emotions», *German History*, 28-1 (2010), pp. 67-80, y «The Historical Study of Emotions», *American Historical Review*, 117-5 (2012), pp. 1487-1531.

ciales⁴. Esa imagen robótica se habría debido precisamente a la influencia del giro lingüístico.

De mediados de los años noventa a esta parte son cada vez más los investigadores que proponen un cambio de orientación a la historia inspirada por el giro lingüístico. La publicación en 1996 de *Beyond the Cultural Turn* fue quizás el primer hito significativo de una evolución en tal sentido de la historiografía. Por lo que hace a la historia de las emociones y del cuerpo, esta insatisfacción con el giro lingüístico se expresó en una vinculación con la neurociencia y la psicología cognitiva. Hasta el punto de que algunos autores señalan la predominancia de la neurociencia como una de las causas de la emergencia de la historia de las emociones. Se trataba de buscar una relación entre los seres humanos y el mundo que no estuviera atravesada por las determinaciones del lenguaje. La consecuencia ha sido una orientación de los historiadores hacia las *ciencias de la vida* similar a la que anteriormente se vivió hacia la sociología y la antropología.

Con el auxilio de la neurología y la psicología, algunas de esas propuestas de reforma de la historia suponen un olvido de los logros epistemológicos del giro lingüístico, pero otras se cuidan muy bien de no renunciar a esos logros y preservan algunas de las ideas más importantes del posestructuralismo y, sobre todo, la aspiración antimetafísica de ese pensamiento. Aquí radica la dificultad de trazar un panorama general de la historia de las emociones, aunque se trate, como en este caso, de pergeñar únicamente las líneas más gruesas de su trayectoria. Y es que la insatisfacción con el giro lingüístico implica muy diferentes grados de compromiso con el mismo.

La historia del posgiro lingüístico denuncia, sobre todo, las limitaciones de un paradigma basado en una concepción estructural del lenguaje que amenaza convertirse en una suerte de jaula de hierro. Por eso muchas de las reorientaciones se dirigirán a reconsiderar o a debilitar la concepción sistémica del lenguaje de filiación saussuriana y heideggeriana. Desde el punto de vista del giro, el mundo está lingüísticamente construido, y ello porque los seres humanos nunca están en contacto directamente con sus condiciones de existencia si no es a través del intermedio de un lenguaje

⁴ Catherine LUTZ y Geoffrey M. WHITE: «The Anthropology of Emotion», *Annual Review of Anthropology*, 15 (1986), pp. 405-436, esp. p. 431.

que opera una estructuración lingüística de ese mundo. La evaluación de las distintas propuestas que fundamentan teóricamente la historia de las emociones ha de hacerse en relación con ese legado del giro lingüístico. Esas propuestas partían de una insatisfacción con el giro lingüístico y contaban con el auxilio de las *ciencias de la vida* que le van a permitir interpretar las emociones como significados culturales y no, como en la visión más clásica, como fuerzas irracionales. De lo que se tratará es de plantear una relación entre los seres humanos y el mundo que se desplace desde el lenguaje a las emociones. Las emociones pasarán a ser ese vínculo entre el ser humano y el mundo.

Se produce así un desplazamiento de la razón como forma de acceso al mundo a favor de una concepción encarnada de la racionalidad. Esto se expresa de muy distintas maneras y con diferentes énfasis, pero supone siempre un cierto grado de incorporación de la razón. Como afirma Reddy, «ha llegado a ser difícil mantener la distinción entre pensamiento y afecto»⁵. Y para ello se les reconoce a las emociones un carácter cognitivo. Ya en 1994, O'Rorke y Ortony afirmaban que «emociones y cognición están inextricablemente entrelazadas»⁶. Y más adelante Reddy afirmaba taxativo que «la investigación actual en neurociencia sugiere [...] que la distinción entre cognición y afecto es artificial»⁷. Incluso se acuñó el término *cognición* como una forma de señalar el carácter emocional del conocimiento del mundo.

La nueva observancia cognitivista parecía afirmarse frente a los modelos racionales de relación con el mundo —por ejemplo, el de Habermas y su teoría de la acción comunicativa de los sujetos racionales— y frente al imperio del lenguaje. Y, sin embargo, autores como Monique Scheer en un artículo reciente han señalado que la postura cognitivista ha atraído a los historiadores porque liga emoción y lenguaje. Aquí nos vamos a encontrar con una paradoja, la de que, como afirma Alberti en la introducción de su libro *Matter*

⁵ William M. REDDY: *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions*, Nueva York, Cambridge University Press, 2001, p. 31.

⁶ Paul O'RORKE y Andrew ORTONY: «Explaining Emotions», *Cognitive Science*, 18 (1994), pp. 283-323, esp. p. 283.

⁷ William M. REDDY: «Historical Research on the Self and Emotions», *Emotion Review*, 4-1 (2009), pp. 302-315, esp. p. 312.

of the Heart, «la mayor parte de la historia de las emociones ha sido sobre lenguaje»⁸. Con lo que, pese a sustituir el lenguaje por las emociones, en algunas propuestas de historia de las emociones se reproducirían los problemas vinculados al giro lingüístico.

De las cuatro perspectivas teóricas que existen sobre emociones, en opinión de Cornelius —la darwiniana, la jamesiana, la cognitiva y la social constructivista—, podríamos afirmar que la más relevante es esta última, la constructivista. Hasta el punto de que en la conversación sobre la historia de las emociones publicada por *American Historical Review*, y en la que participaban algunos de los más importantes historiadores de las emociones (Reddy, Plamper, Eustace, Lean y Livingston), Barbara Rosenwein afirmaba que todos ellos, en mayor o menor medida, sostenían un punto de vista construccionista. Incluso William Reddy, que tiene un artículo titulado significativamente «Against Constructionism», aseguraba defender un construccionismo moderado que consideraba el correcto. Una clave para entender ese acuerdo nos la da Peter Burke cuando califica el enfoque construccionista como lingüístico⁹; así, la común defensa del construccionismo sería en realidad una coincidencia en un enfoque lingüístico de las emociones.

Puede decirse que las tres perspectivas teóricas más importantes para la historia de las emociones son: la «emocionología» de Peter y Carol Sterns, las «comunidades emocionales» de Barbara Rosenwein y los «régimenes emocionales» y los «emotives» de William Reddy. Plamper ha afirmado que estos autores han creado la historia de las emociones prácticamente de la nada¹⁰. Pues bien, todas ellas comparten el hecho de que estudian el lenguaje, y, desde luego, lo hace esta última, la de Reddy, que es la que está teniendo una mayor transcendencia teórica, sobre todo para la historia contemporánea. Lo reconoce sin problemas Peter Sterns cuando dice

⁸ Fay Bound ALBERT: *Matters of the Heart: History, Medicine, and Emotion*, Oxford, Oxford University Press, 2012, p. 10.

⁹ La opinión de Rosenwein en «The Historical...», p. 1515. La defensa de un construccionismo moderado en William M. REDDY: «Against Constructionism: The Historical Ethnography of Emotions», *Current Anthropology*, 38-3 (1997), pp. 327-351, esp. p. 346. El análisis de Burke en Peter BURKE: «Is There a Cultural History of the Emotions?», en Penelope GOUK y Helen HILLS: *Representing Emotions...*, pp. 35-48, esp. p. 43.

¹⁰ La observación de Plamper en «The Historical...», p. 1510.

que «deberíamos admitir que estamos tratando con cultura y no pretender que ésta describe necesariamente la experiencia real», aunque apoya los esfuerzos de Rosenwein y Reddy por alcanzar la propia experiencia¹¹.

Esta insistencia en el lenguaje de las emociones, en la medida en que estudia las normas que las regulan, adquiere una singular importancia para el análisis histórico, porque tiene una gran trascendencia política. El control de las emociones, dice Reddy, es el ámbito real del ejercicio del poder. ¿Y cómo? Pues distribuyendo las emociones y su control de acuerdo con las jerarquías sociales. Las normas que regulan las emociones, y que son el objetivo fundamental del análisis histórico, construyen las diferencias sociales y por ello son un elemento capital para explicar el cambio histórico. Lo que de nuevo nos conduce a la centralidad de las emociones para la historia. No hay, sin embargo, un acuerdo a la hora de vincular emociones y cambio histórico entre los historiadores. No lo hay siquiera entre los tres que se acaban de mencionar. Así, por ejemplo, mientras Sterns explica los cambios emocionales como respuesta a las transformaciones económico-sociales, Reddy invierte los términos y explica los cambios económico-sociales como respuesta a la tensión entre el sufrimiento emocional y la aspiración a la libertad del individuo¹².

Nicole Eustace, en un libro colectivo de reciente aparición titulado *Doing Emotions History*, resume la obra de Reddy en los siguientes términos: «Reddy argumenta en esencia que existe una brecha entre la experiencia física de la emoción y la expresión de esa emoción en palabras [...] y que en el trabajo de salvar esa brecha se coloca el ejercicio del poder»¹³. Pero también ahí, en opinión de Reddy, se coloca la agencia humana y la significación histórica. Aunque Reddy piensa, y ésta es una de las características más importantes de los «emotives», que la expresión de las emociones

¹¹ El comentario de Sterns en «The History...», p. 262.

¹² Un resumen de los distintos puntos de vista sobre la relación entre cambio histórico y emociones en «The Historical...», pp. 1515-1517. La opinión de Rosenwein en ese lugar y también en Barbara H. ROSENWEIN: «Problems and Methods in the History of Emotions», *Passions in Context*, I-1 (2010), pp. 1-32, esp. pp. 21-23.

¹³ Nicole EUSTACE: «Emotion and Political Change», en Susan J. MATT y Peter N. STEANRS (eds.): *Doing Emotions...*, pp. 163-184, esp. p. 169.

tiene una importante influencia sobre las propias emociones —por eso les reconoce carácter performativo—, no deja por ello de situarse en un modelo de comprensión de las emociones que separa experiencia y expresión, que separa las emociones del lenguaje en el que se expresan.

Muchos autores reconocen que la relación entre las emociones y su expresión lingüística es una cuestión crítica para la historia de las emociones. Julie Livingston rechazaba directamente la separación y también lo hacían, entre otros autores, las editoras de *Representing Emotions*. En efecto, la asunción de que las emociones ocurren separadamente de su expresión debe ser desafiada. La separación entre emociones y expresión impide a la historia de las emociones completar la crítica al giro lingüístico que se había autocomendado porque sigue dependiendo de modelos lingüísticos de aprehensión del mundo.

Una opción teórica alternativa la ofrece Scheer con su concepto de «emoción como práctica», que parte de una concepción jamesiana de la emoción y que, de acuerdo con Damasio, sitúa la emoción en el cuerpo¹⁴. Otra opción, con similar fundamento teórico, insiste en considerar la emoción como un diagnóstico sobre el mundo que se aloja en el cuerpo.

Los artículos que componen este dossier se sitúan en distintos lugares de este panorama general y constituyen por ello una buena introducción a la historia de las emociones. Todos ellos son ejercicios prácticos de aplicación de la perspectiva de las emociones a la historia; se han evitado los artículos que pudieran ofrecer un estado de la cuestión, por considerar que es la forma más efectiva de invitar a otros investigadores a sumarse a esta nueva disciplina de la historia. Los cuatro artículos se han dispuesto siguiendo un orden cronológico.

El de José Javier Díaz Freire analiza la emoción melancólica de Unamuno ante la desaparición del Bilbao de su niñez como un caso paradigmático de la experiencia de la modernidad: Unamuno experimenta la pérdida de significado del mundo en la modernidad y reacciona con un intento de poetización del mismo que se resuelve

¹⁴ Monique SCHEER: «Are Emotions a Kind of Practice (and Is That What Makes Them Have a History?). A Bourdieuan Approach to Understanding Emotion», *History and Theory*, 51 (2012), pp. 193-220.

en fracaso. El estudio parte de un concepto de melancolía en el que ésta es una forma de cognición por el cuerpo no dependiente de modelos lingüísticos.

Mercedes Arbaiza emplea la perspectiva de la historia de las emociones para revisar un tema ya clásico: los orígenes de la clase obrera en España. Parte de la capacidad de las emociones para resignificar el mundo social y lo aplica a tres acontecimientos escogidos: la Comisión de Reformas Sociales, las políticas higienistas y la literatura obrera. Lo que le permite interpretar el surgimiento de una nueva forma de comunidad política para los trabajadores de una manera enteramente novedosa y en ruptura con los paradigmas de la Historia Social y de la Nueva Historia Cultural.

Alina Danet y Rosa M.^a Medina Domenech hacen una contribución a la historia de la Transición como cultura a través de su estudio sobre la donación de órganos en España. Indagan sobre los cambios del significado emocional del trasplante y los vinculan con el proceso de construcción de una sociedad democrática. La renegociación emocional del significado de las partes del cuerpo objeto de los trasplantes aparece como parte de un cambio más general de los significados sociales y políticos de la reinstaurada democracia.

Cierra el dossier el estudio de Carrie Hamilton sobre la construcción emocional de los movimientos a favor del bienestar de los animales en Gran Bretaña durante la segunda mitad del siglo xx. El estudio subraya el carácter político de las emociones, como la compasión y el asco, que intervienen en la aparición del movimiento. Además observa un cambio en el fundamento del mismo, que pasa de reivindicar los derechos de los animales por su capacidad para experimentar emociones a hacerlo por su capacidad para interrelacionarse con otras especies, como los humanos.